

LA SOCIEDAD ARGENTINA

Un porcentaje demasiado alto de la sociedad argentina hace caso omiso de las normas morales y jurídicas (si es que las registran). Y de esta sociedad salen sus gobernantes, que, también en un porcentaje demasiado alto, hacen lo mismo.

Casi todas las personas que conozco, cuando les planteo temas éticos o morales, me miran como si les hablara en chino. Es algo que para ellos no existe, y así yo paso por un extravagante o por un ingenuo idealista.

Aquí viene a cuento una experiencia personal. Allá por 1994, tuve que renunciar a mi cargo de Subprocurador del Tesoro de la Nación -al que había accedido, inusualmente, por méritos, y no por razones políticas- por oponerme a medidas que consideraba contrarias a mis principios éticos.

Sufrí mucho por eso. Nadie se solidarizó conmigo. Nadie me felicitó. Nadie entendió por qué yo había renunciado (“principios éticos”; ¿qué es eso?). E, incluso, alguien me dijo que me había faltado “cintura política”.

El ya señalado desdén de un porcentaje demasiado alto de los argentinos por la moral y el Derecho tiene sus raíces en nuestra historia. En efecto, en los siglos XVI, XVII y XVIII, nuestro territorio fue invadido, conquistado, colonizado y gobernado por los españoles de entonces. Españoles que provenían de un Imperio decadente en lo moral, lo político, lo social y lo económico, y que, para colmo, pertenecían a lo peor de aquella sociedad española. Españoles que vinieron a someter a los habitantes de América -a matarlos, a explotarlos, a esclavizarlos y a despojarlos- para enriquecerse sin trabajar, bajo el pretexto hipócrita de evangelizarlos.

Aunque ya no podemos echarle la culpa a aquellos españoles (nada que ver con los de ahora, que son mucho mejores que nosotros), es dable suponer que fue entonces cuando nació nuestra cultura y nuestra idiosincrasia, caracterizadas por la transgresión sistemática de las leyes morales y jurídicas.

Obsérvese, en tal sentido, que esos mismos españoles, cuando les llegaba una ordenanza de la Corona que no les convenía, decían que *Se acata, pero no se cumple*. Después vino el contrabando (en especial, en la ciudad de Buenos Aires). Una aceitada organización internacional de delincuentes (similar

a la del narcotráfico actual), que, dado el monopolio comercial impuesto por España, se dedicaban al comercio ilícito con la complicidad y el provecho de los gobernantes locales (salvo el gran Hernandarias, que pagó con calvarios diversos su férrea honestidad; ¿alguien se acuerda hoy de Hernandarias?).

Finalmente, llegó la época de la Independencia, pero la moral general y el cumplimiento de las normas jurídicas no mejoró mucho por eso, pese a los esfuerzos en tal sentido de notables argentinos como José de San Martín, Mariano Moreno, Manuel Belgrano, José Gervasio Artigas y Martín Miguel de Güemes, entre algunos otros y otras. Fue, justamente, el ejemplar Belgrano quien, en cierta ocasión, le dijo al inglés Samuel Haigh: *What can you expect from us; we must commit blunders, for we are sons of the Spaniards, and no better than they are.* (Qué puede esperar usted de nosotros; debemos cometer desatinos, porque somos hijos de españoles, y no mejores que ellos).

Otro de nuestros próceres, el irlandés Guillermo Brown, se lamentó amargamente, ante el cadáver de Tomás Espora, de que éste hubiera *pertenecido a un país que todavía no sabe valorar a sus héroes.* Y, en ese mismo momento, estampó, también en inglés, esta otra sentencia definitiva: *This is a great country, but, what a pity, there are many blackguards* (Éste es un gran país, pero, qué lástima, hay demasiados bellacos).

Ahora, con perdón de la inmodestia, voy a citarme a mí mismo. En mi libro *San Martín, el mejor de todos* (Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1997, reeditado en 2008), escribí lo siguiente:

Una de las cosas que más llama la atención de quien se aproxima a nuestra historia con la enseñanza escolar por todo bagaje previo, es comprobar que muchos de los próceres de los albores de la nacionalidad, cuyos nombres hoy designan calles, plazas y pueblos, y cuyos monumentos pueden encontrarse en las ciudades argentinas, eran individuos de escasa valía, cuando no francamente venales.

Manuel Belgrano, al salir de una de las reuniones de la élite política porteña realizada para decidir qué actitud tomar ante la llegada del virrey Cisneros -en la que fracasara su propuesta de resistir al nuevo gobernante enviado por España-, se dijo a sí mismo, apesadumbrado: "No es posible que semejantes hombres trabajen por la libertad del país". (...).

Pero esta medianía general de la dirigencia de los años inaugurales de la Patria -que da para pensar si no se trata de una suerte de vicio de origen capaz de explicar la errática y poco feliz historia de la Argentina hasta nuestros días- tenía enormes y honrosísimas excepciones. Entre ellas, las de tres hombres extraordinarios, tres idealistas, tres hombres verdaderamente nobles, abnegados y grandes, tres hombres que conmueven. Me estoy refiriendo a José Gervasio Artigas, Manuel Belgrano y José de San Martín. (Dicho sea de paso: idealismo, nobleza, abnegación, grandeza -al igual que honestidad, honor, rectitud, desinterés, ética, etcétera-, son, en los tiempos que corren, valores olvidados; el plural valores tampoco se usa más) (págs. 13-14).

Más adelante, refiriéndome al general San Martín, expuse lo siguiente:

Los argentinos, que, gracias a Dios, le hemos hechos la justicia que merecía consagrándolo como el Padre de nuestra Patria, no hemos tomado aún el ejemplo de su previsión, método, planificación, orden, esfuerzo, responsabilidad, dedicación y eficiencia cuando de realizar una empresa o un trabajo se trata; en una palabra, no hemos aprendido de su seriedad, y aún corre nuestro presente y nuestro futuro la lamentable cultura de la improvisación, la irresponsabilidad, la ineficiencia, la viveza y la chantada, con el consecuente resultado de no ser un país serio. Tampoco nuestros hombres públicos han aprendido su lección de ética, honradez y desinterés, y mucho les falta lo que a San Martín tanto le sobraba: grandeza (pág. 38).

Y la historia argentina siguió casi siempre así hasta nuestros días. Ya en el siglo XX, el genial Enrique Santos Discépolo escribió, con amargura y dolor, letras inmortales sobre la amoralidad y la inmoralidad, como *Cambalache*, *Yira yira*, *Qué vachaché (si a la honradez la venden al contado, y a la moral la dan por monedita)* y otras. También en ese siglo hubo, por cierto, algunas excepciones; por ejemplo, don Arturo Illia (y conste que yo no soy radical), un presidente austero, sencillo y honesto a carta cabal (la obra de teatro que lo homenajea, protagonizada por Luis Brandoni, me emocionó profundamente).

¿Cuál es la solución para este mal endémico y enquistado en nuestra sociedad? La solución es, sin dudas, la educación. No sólo educación en ciencias y artes, sino, también, y fundamentalmente, en ética, en civismo, en com-

portamiento ciudadano, en patriotismo, en el respeto a las leyes, en conducta moral.

Los mejores países del mundo son los escandinavos (Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca). Son sociedades casi perfectas, en las que se ha logrado armonizar el socialismo con la democracia liberal, el bienestar material general con la libertad individual. ¿Por qué son así y han logrado eso? Entre otras cosas, porque casi todos sus gobernantes y ciudadanos y cumplen con el Derecho y con la moral, y son rectos, honestos y responsables (como surge de todas las estadísticas internacionales). ¿Por qué son así? Pues, porque han sido educados para serlo.

Tuvimos, es cierto, algunas décadas de una gran educación pública entre fines del siglo XIX y mediados del XX. Pero hoy la educación argentina es pésima, e, incluso, ha sido superada por varios países hermanos de la región (el Brasil, el Uruguay, Chile, el Perú, Colombia, etcétera; lo dicen las estadísticas).

Así, las próximas generaciones serán aún peores, en materia de moral y de civilización, que las actuales, que ya son muy malas. (La calidad de un país la da la calidad de su población; la calidad de la población la da la educación; la Argentina es lo que es porque tiene una población de muy baja calidad, producto de una deplorable educación).

Nuestro futuro es, entonces, negro, salvo que algún día aparezca un Gobierno de estadistas y que tenga dos dedos de frente y otros dos de patriotismo, y realice una profunda revolución educativa, para que nuestro pueblo sea moral y cívicamente mejor dentro de treinta o cuarenta años.